

jos sembraban la palabra divina, como vimos más arriba, los santísimos misioneros Alfonso de Barzana y Pedro de Añasco. Hasta se dió el caso, verdaderamente singular, en los últimos años del P. Aquaviva, de morir materialmente de hambre algunos de nuestros operarios. El joven P. Martín Javier Urtasun, de quien dicen que era remoto pariente de San Francisco Javier, empezando a trabajar en las misiones del Guairá, cuya fundación explicaremos en el tomo siguiente, llegó a perecer, no tanto del exceso de las fatigas, cuanto de la falta de alimentos. Con un sentimiento de amorosa ternura, exclamaba el P. Montoya, compañero suyo: «De puro trabajo se nos murió el P. Martín Urtasun, asaltándole la muerte, no ya por la falta de regalo, médico y medicinas, que nada de esto teníamos, sino por la falta de sustentos de hombres racionales. De considerar es, que un hombre noble, mayorazgo y criado en regalo, muera de hambre» (1).

Cerremos este capítulo recordando la idea que ya expusimos al terminar el tomo anterior: el cuerpo de la Compañía, aunque en el quinto generalato había padecido graves trabajos y peligrosos encuentros, quedaba, por fin, sano y triunfante. El P. Aquaviva expulsó de la Compañía a los indignos que impugnaron nuestro Instituto y pervertían la observancia regular; vigiló constantemente por la observancia de nuestras Reglas, y gracias a su firmeza, gracias a la cooperación de otros dignísimos superiores, y principalmente, por la bondadosa misericordia de Dios que en tan duros trances miró con ojos de piedad a la Compañía, pudo ésta considerarse al fin del quinto generalato, vencedora de sus enemigos interiores y exteriores, y animada más que nunca a padecer nuevas fatigas y a proseguir en la empresa de promover la mayor gloria de Dios.

(1) *Conquista espiritual*, pág. 14.

### CAPÍTULO III

#### INFLUJO SOCIAL DE LA COMPAÑÍA EN ESPAÑA

SUMARIO: 1. Concurso de alumnos en los principales colegios.—2. Bien espiritual ordinario de un colegio. Calatayud.—3. Frecuencia de Sacramentos y otros actos de religión.—4. Congregaciones piadosas.—5. Pacificación de los discordes.—6. Misiones rurales en España.—7. Misiones entre infieles en Ultramar.—8. Idea final del quinto generalato.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Institutum S. J.*—2. *Epistolae Hispaniae*.—3. *Litterae annuae*.—4. Gabriel Alvarez, *Historia de la provincia de Aragón*.

1. ¿Qué hacían esos tres mil sujetos difundidos por el territorio de España y de sus Indias? Para explicar el benéfico influjo social ejercido por la Compañía de Jesús en nuestro antiguo pueblo, pongamos la consideración ante todo en el primer objeto que salta a la vista de quien examina las tareas apostólicas de los antiguos jesuitas. Lo primero que llama la atención es la muchedumbre de jóvenes que se educaban entonces en nuestros colegios.

Suministraremos algunos datos que hemos podido recoger, ya en las cartas anuas de aquellos años, ya en otras relaciones enviadas a Roma por nuestros Provinciales y Visitadores, ya en otros libros que de un modo o de otro mencionan la acción de nuestros establecimientos docentes.

El número de alumnos que concurrían a las aulas jesuíticas era verdaderamente copioso y se debe estimar mucho más, si se atiende a la población de España, que entonces no era ni la mitad de lo que es ahora e iba decreciendo bastante aprisa, como saben todos los que han estudiado nuestra historia económica de aquellos tiempos. El año 1581, primero del P. Aquaviva, el colegio de Valladolid, que no había tenido mucha vida en los primeros generalatos, contaba 700 alumnos, sólo en letras humanas (1). Este concurso se debía indudablemente, como lo hicimos notar más arriba, a los excelentes maestros de gramática que la provincia de Castilla reunió en esta

(1) *Castellana. Litt. ann.*, 1581. Todos los números que siguen están tomados de las cartas anuas de los años que se citan.



capital. El año siguiente, 1582, descubrimos los siguientes números en las cartas anuas: Sevilla cuenta 800 alumnos; Córdoba, 900; Madrid, 600; Ocaña, 500; Belmonte, otros 500, y el colegio de Monterrey, en Galicia, sube al número de 1.000. Poco después, en 1583, se abrió a la juventud el colegio de Toledo, y desde el principio se reunieron en cinco clases de gramática 700 niños. El número de Sevilla y Córdoba perseveró constante en todo el siglo XVI, ó, por mejor decir, aumentó un poco el de Sevilla, que en el año 1590 llegó a contar 1.000 alumnos. También el de Córdoba reunió el mismo número el año 1588. Entretanto, el colegio de Monterrey, que desde unos doce años llevaba la palma a todos los de España, había ido subiendo poco a poco, y en 1588 llegaba a 1.200. Al siguiente año, 1589, fueron los alumnos 1.300, aunque pronto bajó este guarismo, que no podía sostenerse mucho tiempo. Téngase presente que en este colegio la tercera parte de los alumnos eran niños que aprendían a leer y a escribir. Así se explica la inmensidad de aquel concurso en una ciudad tan secundaria como Monterrey.

En los últimos años del siglo XVI, otros colegios que podían llamarse medianos sostenían, con todo, un número de alumnos que hoy nos parecería grandísimo. En Calatayud solía haber de 400 a 500 alumnos; en Pamplona se contaban en 1585, 340, y en el de Monforte, que se abrió en 1594, se habían reunido al año siguiente 600 alumnos de gramática. Antes de terminar el siglo, hubo algunas oscilaciones en varios colegios, pues mientras Madrid fué subiendo hasta el número de 750, que contó el año 1598, y Sevilla se mantuvo en el número de 1.000 hasta 1603; en cambio otros colegios declinaron algún tanto, parte por la despoblación de España, que ya empezaba a sentirse, parte por la terrible peste que afligía a nuestras regiones septentrionales en los dos últimos años del siglo XVI. Terrible golpe fué esta epidemia para la provincia jesuítica de Castilla. Según nos informan las anuas de entonces, fué necesario cerrar varios colegios. El de Monterrey permaneció más de un año sin alumnos, y cuando pasada la peste se abrieron al público las aulas, sólo se juntó un total de 700 niños. No sabemos que volviera nunca este colegio a los grandes concursos que había reunido a fines del siglo XVI.

No estará de más advertir, que en aquellos tiempos fueron ofrecidos a la Compañía muchos colegios que no pudieron ser aceptados. A los tres años de su generalato, en 1584, tenía ya el P. Aquaviva rehusados 60 colegios, y a los trece años, esto es, durante la V. Congrega-

ción general a fines de 1593, rehusando cierto colegio, se avisaba al Provincial que, para templar la amargura de la repulsa, podía decir a las personas buenas que nos ofrecían colégios, que ya nuestro P. General había rehusado para entonces 150 colegios ofrecidos en diversas partes de Europa. Varios de ellos sabemos que lo fueron en ciudades españolas. Pues reflexione el lector, por un lado, esta multitud de colegios ofrecidos y no aceptados; considere, por otro, el concurso tan crecido de alumnos que frecuentaba nuestras aulas, y vea si es tolerable la impertinencia que estampó Ferrer del Río en su *Historia de Carlos III*, cuando dijo que los jesuitas no habían sido populares en España (1).

2. La institución de la juventud en el santo temor de Dios y la instrucción de las inteligencias en los buenos estudios, es un bien moral é intelectual que todo el mundo civilizado estima siempre y era entonces como el primer timbre de la Compañía de Jesús. Sin embargo, debemos advertir que no se limitaba a eso el bien que difundía en torno suyo un colegio cualquiera de jesuitas. Además de la educación de los niños, recibían de nuestros Padres las personas que vivían cerca de ellos considerables gracias y favores de espíritu, que no debemos pasar en silencio. Para muestra escojamos un colegio que no se distingue nada entre los colegios de entonces. Sea, por ejemplo, el colegio de Calatayud. Véase la noticia que nos da de sus trabajos y ministerios el P. Antonio Marcén, cuando visitó la provincia de Aragón en los años 1596 y 97. Escribiendo al P. Aquaviva le dice así: «En ésta quiero contar del colegio de Calatayud, por donde comencé la visita de la provincia de Aragón... Comenzando por lo que toca a lo espiritual, salí contento y consolado dél, porque los de aquel colegio, aunque pocos, son religiosos, edificativos y cuidadosos de su aprovechamiento... A las confesiones, así en nuestra iglesia como fuera, se acude con cuidado, a ayudar a morir y a las demás obras de caridad, y en esto y en lo que toca a las visitas no hallé en qué reparar. Ciertamente está el pueblo ganado y bien afecto a la Compañía, como se ha visto en las ocasiones que se han ofrecido. Tiénenlos gran amor y respeto, aprovéchase de nuestros ministerios, y lo mismo es en los pueblos comarcanos que los hay muchos y buenos, a los cuales también se acude con misiones y a predicar, y esto se hace con mucho cuidado, y con el mismo cuidado

(1) *Historia de Carlos III*, Introducción.



y fruto se hacen sermones en las iglesias de la ciudad. El ministerio de la doctrina estaba muy caído, y cierto lo hallé de la misma manera en todos los colegios que hasta ahora he visto y me dicen que lo mismo en los demás. Procuré levantarlo y que lo tomasen con calor y afecto y saliesen a él los Padres antiguos, y así me escriben que va ejecutándose, y de la misma manera procuro y procuraré se ejecute en todas las casas y colegios de la provincia. A las cárceles y hospitales se iba, pero con alguna remisión, ya se hace con más celo. En los estudios se procede bien; el número de estudiantes es 400; irá siempre creciendo por haber buena comarca. En las pláticas que se suelen hacer a los estudiantes y en las confesiones había algún descuido. Ya quedó todo en buen orden y me avisan que se guarda (1).

Observe, pues, el lector, que en este colegio, por de pronto, se educaba a 400 jóvenes, y demás de esto, que podía llamarse como lo esencial é indispensable, se practicaban constantemente los siguientes ministerios espirituales: 1.º, se predicaba en las iglesias de la ciudad en las fiestas; 2.º, se confesaba a las personas que asistían a nuestra iglesia; 3.º, se visitaban las cárceles y hospitales; 4.º, se enseñaba el catecismo a los niños de la ciudad; 5.º, se salía a dar misiones a los pueblos de la comarca. Infiérese, pues, de aquí, el considerable provecho espiritual que de un colegio cualquiera redundaba no sólo a los alumnos sino a la ciudad donde vivían los jesuitas y a los pueblos situados algunas leguas en contorno. Repetimos que el colegio de Calatayud no era una excepción, sino, como quien dice, la regla general de todos los colegios de España. Multiplique, pues, el lector por 73 lo que se hacía en ese colegio ordinario, y podrá adivinar fácilmente la inmensidad de los beneficios espirituales que la Compañía de Jesús difundía ordinaria y habitualmente en 73 poblaciones principales de España y en todos los pueblos establecidos en su comarca.

3. Pero entre las grandes obras de la mayor gloria divina promovidas incesantemente por la Compañía, merece siempre singular atención la frecuencia de sacramentos y las prácticas religiosas instituidas en nuestras iglesias. Ya recordará el lector, que el beato Juan de Ribera en un célebre sermón predicado en 1607, que mencionamos al fin del primer tomo, ponderaba, como una de las grandes glorias de nuestro P. San Ignacio, el haber fomentado por medio de la Com-

(1) *Epist. Hisp.* Marcén a Aquaviva. Tarazona, 30 Diciembre 1596.

pañía la frecuencia de los sacramentos (1). Y, en efecto, era mucho de estimar este beneficio en aquellos días en que por los pecados de los hombres yacía olvidado el uso de comulgar a menudo. En todos nuestros colegios se observa desde luego que algunas personas buenas, así como acudían para la dirección de sus conciencias a nuestros confesores, así también, guiados por ellos, se acercaban muy a menudo a la Sagrada Eucaristía. No se contentaron nuestros Padres con predicar a menudo desde el púlpito, exhortando a la frecuencia de sacramentos; no les bastaba aconsejar a cada instante en conversaciones privadas a la misma santa práctica. Procuraron también revestir de cierto esplendor religioso los actos de las comuniones generales, para que el aparato del culto, el acompañamiento de la música y la devoción que las grandes solemnidades despertaban, entonces más que ahora, en el pueblo, le atrajesen suavemente a la participación de los divinos misterios. Como muestra de este celo en fomentar la frecuencia de la comunión, ofrecemos a nuestros lectores la narración de lo que se hacía en nuestro colegio de Murcia.

Véase lo que escribía al P. Aquaviva en 1595 el P. Pedro de la Paz: «En este colegio de Murcia, por medio de la Congregación de Nuestra Señora, ha sido extraordinario el fruto que se ha cogido en el remedio de muchas almas y conversión de pecadores y perseverancia en comulgar a menudo. Aunque en años pasados era mayor que en otros colegios el concurso de confesiones y comuniones, en estos dos años ha crecido extraordinariamente este fruto y comunicado a esta ciudad. Porque doce fiestas al año que celebran los de la Congregación, para mayor devoción de la comunión general que ellos acostumbran hacer juntos cada mes una vez, ha sido grande reclamo el buen ejemplo que dan, para que muchos, que por largos años atrás vivían escandalosamente, se hayan ganado y convertido a mejor vida. Esto se ha avivado con publicar estas doce fiestas la indulgencia plenaria y jubileo de las cuentas e imágenes del P. Alonso Sánchez, que con aprobación de la Cruzada, estaba ya puesta en este colegio mucho antes que saliese el orden de Su Santidad, y ha aprovechado de suerte, que en estos días el concurso de las comuniones es tan grande que se dan en tres altares que están para esto decentemente aparejados. En el mayor, de la reja adentro para los hombres, y en otros, de la reja afuera para las mujeres.

(1) Véase el tomo I, pág. 665.



»Habiendo venido el P. Provincial, Francisco de Porres, a visitar este colegio, le ha parecido muy bien el fruto que se hace; mas todavía juzga convendría se diese cuenta a V. P. de dos cosas: la primera, es que la Congregación acostumbra aquí celebrar sus fiestas de esta manera: que, demás de la música que trae al tiempo de la Misa y Comunión (la cual es moderada y sin ruido y en que no se repara) suelen además, la víspera de la fiesta, tocar chirimías a la alborada y al tiempo que tocan al sermón, tocando a veces nuestra campana y parando ella vuelven las chirimías. Esto hace la Congregación sin molestia ni ruido de casa, porque es costumbre de esta tierra, que en cualquier fiesta que celebren con un poquito de solemnidad, tocan las chirimías como está dicho, lo cual es costumbre general en todas las religiones e iglesias parroquiales de esta ciudad, aun en fiestas particulares que hace cualquier persona por su devoción, y así no hay disonancia en hacello, antes parece la habría en dejallo. Sólo se repara en ser cosa que en otras partes de la Compañía (por no haber la costumbre que hay en esta), no se hace; y viendo el P. Provincial que si se quitaba se resfriaría mucho el fervor con que estos días se ejercitan nuestros ministerios, pareció a S. R. se diere cuenta a V. P., para que ordene en esto lo que más convenga.

»La segunda cosa es el orden que se tiene en estas fiestas. Es que toda la mañana van comulgando con tanto número y frecuencia, que están para esto aparejados los tres altares ya dichos. Después dícese la Misa mayor toda entera y al cabo de ella comulgan con música de chirimías los de la Congregación y mucha más gente que los sigue. Suele de ordinario llegar el número a quinientas personas, y muchas veces pasan de mil. Luego se predica inmediatamente después de la Comunión. A esto dió principio el Sr. Obispo D. Sancho Dávila, que por el favor que hace a la Congregación un día S. S.<sup>ta</sup> les dijo Misa, les dió la Comunión y luego predicó. Esto se ha proseguido estos tres años, después acá, por habello empezado S. S.<sup>ta</sup> a hacer así y por haberse visto muchos provechos. El primero es la grande fuerza que tiene para mover pecadores un ejemplo público de tanta gente que comulga con tanta devoción y alegría, y ver cómo la música de las chirimías, que empieza al tiempo de volver el sacerdote a dar el Santísimo Sacramento, toca a todos el espíritu y despierta aun a los más duros a devoción. Y por hacerse la Comunión en aquel tiempo, es forzoso que se halle presente mucha más gente, la cual viene sólo a oír el sermón, y no estuviera si fuera la comunión antes de la Misa mayor o si acabase primero el sermón, porque en acabándose se van

muchos. La experiencia ha enseñado que muchos a quienes no han podido convertir los predicadores, salen compungidos y heridos de sola la vista de tanto número de gente que recibe los Sacramentos. Lo segundo, los mismos que comulgan pueden oír el sermón con más quietud y disposición; porque si se predicara antes, estaban ocupados en confesarse, que por ser tanto el número, aunque hay muchos confesores, apenas se les puede, aun entonces, acabar de dar recaudo. El tercero, es la grande comodidad para el concurso de los sermones, que aquellos días se junta más gente de esta manera y de otra no se juntara en gran parte tanta. Lo cuarto, échase de ver que en todas estas trazas la Compañía no pretende más que alentar a la gente devota y esforzar sus ministerios de confesiones, comuniones y sermones, que éstas se hagan con más provecho, edificación y concurso.»

Por esta carta entenderá el lector, así el concurso de gente a la sagrada Mesa como el esplendor del culto y los medios ingeniosos de que se valían los jesuitas para promover en el pueblo la devoción y amor a Jesús Sacramentado.

Si en la forma de las funciones y solemnidades sagradas había alguna variedad, se puede asegurar que en todos nuestros domicilios era constante el promover los Nuestros incansablemente la frecuencia de los Sacramentos. En la casa profesa de Toledo, por los años de 1594, se observó que había muchas personas que comulgaban diariamente, y otras lo hacían cada dos o tres días, y esta costumbre, comparada con el lastimoso abandono de los Sacramentos que había existido hasta entonces, pareció un exceso de fervor, y que era irse al extremo contrario. Temiendo no fuera indiscreción conceder tanta frecuencia de comuniones, consultó el P. Provincial, Francisco de Porres, con el P. Prepósito, Antonio Marcén, y los más graves que había en Toledo, si convendría poner límites a las comuniones de los seglares, y juzgaron que, por regla general, no se permitiese comulgar más a menudo de dos veces a la semana, y esto a personas ancianas o de probada virtud, y que para permitir frecuencia mayor, se obtuviese licencia por escrito del P. Provincial o Prepósito. En Sevilla era tan grande el concurso de penitentes en la casa profesa, que los Padres apenas podían bastar para despacharlos a todos. Contábanse de dos a tres mil personas que habitualmente frecuentaban bastante los Sacramentos en aquella iglesia. Entre los alumnos de la misma ciudad había más de doscientos que confesaban y comulgaban todos los domingos, y esta frecuencia de Sacramentos pareció a mu-



chos sevillanos un prodigio espiritual nunca visto. En el mismo año 1594 se contaban en Sevilla como un millar de seglares que comulgaban todas las semanas. Pues cuando sobrevénia alguna fiesta, y sobre todo cuando llegaba algún jubileo concedido por Su Santidad, el número de penitentes solía ser mucho mayor. En 1592 habían echado las cuentas nuestros Padres de que en las fiestas inferiores había unos mil penitentes; en las principales de cada año pasaban de dos mil, y cuando había algún jubileo no bajaban de seis mil los que se confesaban y comulgaban en nuestra iglesia (1).

Junto con esta frecuencia de Sacramentos, debemos también recordar ciertos actos de religiosa piedad y penitencia que entonces se ejecutaban a menudo y con bastante regularidad. Tales eran el acto del *Miserere* y la disciplina que tomaban los penitentes, sobre todo, en tiempo de cuaresma. Este acto devotísimo solía ejecutarse ordinariamente en alguna gran capilla que se construía al lado de nuestras iglesias. Allí se reunían cincuenta o cien personas, según la capacidad del local; un Padre hacía una breve plática, se rezaba el Rosario o algunas devotas preces en honor de la Pasión de Cristo, y por último, se pronunciaba en voz alta el *Miserere*, durante el cual, los circunstantes tomaban disciplina. Si el local era pequeño, repetíase dos o tres veces la piadosa ceremonia. Nos dicen las anuas de Castilla que en Pamplona se hacía este acto en nuestra iglesia todos los viernes del año, y en Cuaresma, dos veces por semana. En Valladolid, el año 1581, en Adviento y Cuaresma, había disciplina tres veces por semana. En Alcalá, el año 1582, llegaron a setecientas las personas que durante la Cuaresma acudieron a este ejercicio de la disciplina en nuestro colegio.

De vez en cuando la piedad de los fieles solía dar extraordinarias demostraciones de su fervor, celebrando en nuestras iglesias las grandes solemnidades del culto católico con un esplendor que hoy nos parecería tal vez churrigueresco. Esto acontecía de un modo especial, cuando se hacía la función para conmemorar algún gran beneficio de Dios o algún acontecimiento inesperado. Fué inmensa, por ejemplo, la devoción con que en 1600 se celebró en el colegio anglicano de Valladolid la exposición al culto de la Virgen llamada *Vulnerata*. Era esta una imagen de María Santísima, destrozada horrorosamente por los ingleses que asaltaron a Cádiz en 1596.

(1) Véanse las anuas de Andalucía en los años 1590-1596.

Habiéndose salvado, no se sabe cómo, de las sacrílegas manos de los invasores, fué enviada esta imagen a Valladolid, y pareció muy conveniente que, pues los ingleses herejes la habían injuriado, reparasen aquellas injurias los ingleses católicos. Este oficio piadoso pidieron y obtuvieron para sí los alumnos de nuestro colegio inglés, y fué una extraordinaria solemnidad para todo Valladolid la reposición de esta imagen en el colegio anglicano (1).

Cuando fueron á Méjico las reliquias que se pidieron a Roma algunos años después de empezar nuestra provincia de Nueva España, se hicieron tales funciones, tales arcos, inscripciones, colgaduras y adornos, que, asombrado el Virrey D. Martín Enríquez, decía que ni el Rey de España hubiera podido hacer una función tan espléndida, como había hecho la Compañía de Jesús (2). Este profuso esplendor se echó de ver, sobre todo, en los años 1609 y 1610, cuando se festejó la beatificación de nuestro Padre San Ignacio. Pareció que entonces se agotaba la piedad y la generosidad de los fieles en prodigar cuanto tenían para el culto divino (3). No diremos que en todo reinase un gusto exquisito. No alabaremos las invenciones, de vez en cuando grotescas, con que se amenizaban estas solemnidades. Conviendremos que en algunas había más de tramoya y estrépito, que de buen gusto artístico y de ingeniosa literatura; pero lo que no cabe dudar es que la piedad del pueblo se desbordaba por todos lados, para manifestar el agradecimiento a Dios y el amor a los Padres de la Compañía.

Entre las obras religiosas sostenidas en el pueblo cristiano para la santificación de las almas, ocupa siempre un lugar preferente el uso de los Ejercicios espirituales. Confesamos ingenuamente que en las cartas anuas del quinto generalato, no aparece tan a menudo como en los tiempos anteriores la mención de los Ejercicios; y esto puede tener una explicación natural. El fruto de los Ejercicios es el más profundo de cuantos se pueden recoger en la vida espiritual, pero también es el más secreto y reservado. Cada ejercitante lleva dentro de sí, muy guardado en su corazón, lo que ha meditado y resuelto al tiempo de los Ejercicios, y sólo después se percibe ese fruto en las resoluciones santas que toma para la reforma de su vida. Por eso este ministerio de dar Ejercicios no se presta á narra-

(1) *Castellana. Litt. ann.*, 1600.

(2) El P. Alegre en su Historia de la provincia de Méjico describe esta función.

(3) Véanse las annuas impresas de 1610.